

NICOLÁS Hochman



TIERRA FIRME



LA PARTE DEL SONAMBULISMO

TIERRA FIRME

---

LA PARTE DEL SONAMBULISMO

NICOLÁS HOCHMAN

# LA PARTE DEL SONAMBULISMO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2025

---

Hochman, Nicolás

La parte del sonambulismo / Nicolás Hochman. - 1a ed -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura  
Económica, 2025.

110 p. ; 14 × 21 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-553-8

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. I. Título.

CDD A860

---

### *Distribución mundial*

D.R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández  
Diagramación de interior: Hernán Morfese  
Corrección: Patricia Motto Rouco y Edna Goldman  
Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-553-8

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11723

*A mi mamá.*

*A mi papá.*

Estaba dormido cuando le puse fuego a toda  
la casa.

PEQUEÑA ORQUESTA REINCIDENTES

TENGO VEINTISÉIS. Me despierto forcejeando la puerta de un micro de larga distancia que avanza a noventa kilómetros por hora. Es un acto reflejo, intuitivo, primordial, tanático. No me sorprende estar sonámbulo, pero sí la evidencia de haber llegado a un límite.

La escena en realidad empieza antes, cuando me despierto y no entiendo nada. Nada de nada. No estoy en una cama, sino en un micro. Es de noche y afuera debe hacer frío, porque la calefacción está prendida, y seguramente llevo un rato largo acá: todo está en silencio, todos duermen. Me pregunto qué día es. ¿Martes? No. Tiene que ser miércoles, y entonces eso significa que debo estar volviendo a Buenos Aires, y por lo tanto necesito estar atento, porque si es así estoy en el Flecha Bus que va de Mar del Plata a Retiro, donde se detiene cinco minutos, antes de seguir hasta Rosario.

Todas las semanas el mismo miedo: quedarme dormido, que el micro llegue a la plataforma, que nadie me avise, seguir de largo, aparecer a la mañana en otra provincia. Intento despa-bilarme, pero cuesta. Podría cerrar los ojos y seguir durmiendo, y que me dé lo mismo. Que por una vez, una sola aunque sea, no me preocupe en absoluto. Pero no sería yo. Así que hago el esfuerzo, me refriego los ojos, presto atención a la ruta, que es igual a cualquier otra ruta de llanura cuando se hace de noche:

oscuridad, las luces del micro alumbrando indicios a los costados, algún cartel de velocidad, tal vez una curva ínfima, no mucho más. La miro intrigado, expectante, y entonces es indudable que algo está mal, muy, muy mal: esta no es la ruta 2, que conozco de memoria. Me pasé. Estoy camino a Rosario y voy a gastar una fortuna en el pasaje de vuelta, y cómo le explico a Diego por qué no llegué a la oficina.

Angustiado, inquieto, malhumorado, enojado, me apuro. Guardo el MP3, los auriculares, el libro de Kavafis y la botella de agua en el morral. Me pongo las zapatillas, el buzo y la campera. Me paro y reviso para no olvidarme nada entre los asientos, debajo de los asientos, al costado. Está todo. Camino por el pasillo, en la penumbra, orientado por las lucecitas rojas que hay en los compartimentos de arriba, hasta la escalera, y bajo. Son pocos escalones, pero siempre tengo cuidado, porque más de una vez me resbalé con el piso mojado por el agua de lluvia que se filtra o por ese café intomable que preparan en los micros, que siempre se vuelca, y estuve a punto de caer. Ya abajo, tiro de la puerta para que se abra, pero está trabada. Molesto, tiro más fuerte, con toda la fuerza que tengo, pero la puerta permanece inalterable. Fastidiado, saco el teléfono del bolsillo izquierdo delantero del pantalón y miro la hora: una y media de la mañana. Quedo desconcertado. El micro llega a Retiro a las tres. Entonces, si esta es la hora, quiere decir que todavía estamos en la ruta 2, que no estamos yendo a Rosario, que falta para eso. El desconcierto muta en tranquilidad. De repente tengo paz y siento que todo va a estar bien.

Hasta que despierto en serio, despierto de verdad, y me encuentro forcejeando la puerta del micro en movimiento.

Acababa de venir a vivir a Buenos Aires. El mundo se me presentaba como una posibilidad, como una incógnita, tan al alcance de la mano. Todo era caótico, y dormía poco y mal. Siempre

duermo poco y mal, desde chico, desde bebé, pero en ese momento era peor. Tenía una rutina de viajes programados: cada semana, dos noches en casa, una en un hotel, cuatro arriba de un micro, durante meses. Lunes en casa; martes yendo a Mar del Plata para analizarme y dar clases en la facultad; miércoles volviendo; jueves en casa; viernes yendo al interior del país a producir eventos; sábado en algún hotel de provincia; domingo camino a Buenos Aires, desde el interior. Y eso, que era una estructura rígida y compleja, variaba en todos sus detalles cada semana.

Era joven, estaba recién separado, creía que dormir estaba sobrevalorado y que nada me ataba a ninguna parte, así que no paraba de hacer, de ir y de venir, porque sabía que el tiempo era poco y se terminaba rápido, y que la vida había que vivirla con intensidad.

Dice Roger Alan Koza: "La lucidez es el tenue abismo de la razón. El sonambulismo es un fugaz abismo sin razón. La vida ordinaria está en el medio".

A veces soy un sonámbulo *clásico*: hablo o hago cosas dormido, y me entero al día siguiente. Pero, por lo general, lo que ocurre es otra cosa: me despierto, abro los ojos y no sé en dónde estoy. Parecen escenas de una película de terror que se repiten siempre, diferentes. Están el horror, la incertidumbre, el desconcierto, y una sorpresa que se difumina frente a la repetición. Al estar tan acostumbrado, lo que me sostiene, de algún modo, es una especie de sistema, una forma de organizar el caos. A la repetición de no entender respondo automáticamente con la repetición de hacerme las mismas preguntas. De secuenciar para dar sentido.

A los veintiséis, lo primero era definir si estaba quieto o en movimiento, si lo que tenía abajo era una butaca o una cama. Lo siguiente, si reconocía ese lugar o no. Si estaba yendo o volvien-

do. Qué día era. Para qué estaba ahí. Después llegaba lo sensorial. Oler, primero. Oler si había algo que se destacara, que me llamara la atención, que me permitiera identificar algún elemento conocido: la humedad de mi departamento con goteras, el encierro sofocante de los micros, un suavizante en la ropa blanca del hotel. Tragar saliva y notar, o no, ese sabor amargo que aparece cuando llevo dormido un rato largo, y que seguro se traduce en mal aliento. Tocar la superficie sobre la que estaba sentado o acostado. ¿Sábanas transpiradas, una frazada rugosa, un tapizado agujereado por un cigarrillo, una funda plástica? Prestarles atención a los ruidos mínimos. Distinguir si eso que se escuchaba de fondo era el motor de un micro o de una heladera, si eran ruedas en movimiento o un aire acondicionado, si el murmullo venía de la calle o de otra parte. Mirar, en lo oscuro, lo que fuera que pudiera distinguir: siluetas, formas, contornos. La vista fue siempre mi sentido preferido, el que más me ubica, pero también el que más me miente. Confío demasiado, y es común que al despertar me equivoque. Que mis ojos y mi cerebro jueguen al teléfono descompuesto y se encarguen de engañarme.

Dice Julia Pareja Grande: “Los seres vivos duermen porque el planeta Tierra gira. Cuando la vida se desarrolló en la Tierra, el planeta ya giraba sobre su eje bipolar y alrededor del sol, determinando dos ciclos geofísicos fundamentales: el del día y la noche, y las estaciones. Los seres vivos se adaptaron a un planeta con variaciones fototérmicas, y desarrollaron períodos de actividad y descanso sincronizados con el ciclo geofísico de 24 horas”.

Cuando estoy sonámbulo estoy convencido de que lo que hago está bien, de que sigo una lógica férrea, de que todo tiene coherencia. Evidentemente no, pero es muy difícil que cambie de opinión en ese momento. A Leti, mi compañera durante más de doce años, le llevó un buen tiempo asimilarlo. Se despertaba porque

escuchaba ruidos o movimientos abruptos, y me veía haciendo algo, caminando, trasladando cosas, cuchicheando. Me hablaba, intentaba explicarme que otra vez estaba sonámbulo, que eso que hacía no tenía ningún sentido. Mi respuesta, en general, era tratar de convencerla de que estaba equivocada, de que estaba despierto. Me molestaba mucho cuando no me creía; me ponía de mal humor, porque lo sentía como una acusación. Luego cobraba conciencia. Es decir: me despertaba, descubría que era verdad, que ella tenía razón, y me volvía a dormir, sin que el enojo se me fuera.

Tengo veintitrés. Me despierto a la mañana y todos los cables del departamento están desenchufados, excepto el que le da corriente a la máquina de afeitar. Me miro en el espejo y descubro que tengo, en la cabeza, un surco que evidentemente comencé, pero dejé a mitad de camino. No recuerdo qué pasó y tampoco hay rastros de pelos en ninguna parte, como si hubiera barrido y tirado todo por el inodoro.

Tengo veintitrés. Me despierto sentado en una silla. En la pileta de la cocina hay fuego. Me levanto, doy unos pasos apurado y abro la canilla para que el agua caiga y lo apague de inmediato. Me voy a la cama sin cuestionarme nada. A la mañana, la casa tiene olor a chamuscado. En la pileta hay una mezcla de cenizas con papeles húmedos a medio consumir. Intento descifrar qué son, y llego a la conclusión de que hay poemas míos y un trámite para iniciar la ciudadanía polaca.

Tengo veintitrés. Me despierto en el pasillo del edificio, completamente desnudo. Corro angustiado hasta el departamento, pensando que hubiera sido un problema grande que una ráfaga de viento me dejara afuera, sin llaves, sin poder volver a entrar. Entro y cierro la puerta con fuerza, y en esa acción un dedo de la mano queda atrapado y se fractura.

Hablo con Caro, después de muchos años. Le pregunto si tiene registro de que haya estado sonámbulo cuando estuvimos juntos. Es decir, entre las escenas de los veintitrés y la del micro. Se ríe fuerte. Me pregunta si es un chiste. Le explico que no, que de esos años no tengo casi nada escrito en el diario, y se vuelve a reír. Me dice que sí, que casi todas las noches. Que al principio le parecía raro, pero que después se acostumbró. En general, me cuenta, le hablaba, o movía cosas, o me veía parado a la madrugada en el marco de la puerta, entre la habitación y la cocina, mirándola, y una vez me encontró caminando en el pasillo del edificio. Le pregunto si le daba miedo y me contesta que no, o que no recuerda haberlo sentido. Le pregunto si hablábamos de esto, y me responde que tampoco, que casi nunca, pero que no puede pensar en mí sin asociarme al Nicolás sonámbulo.

Dice Samantha Harvey: “Por la noche me acuesto, recibo una paliza, por la mañana bajo por la escalera. Y entonces encaro el día como si todo fuera normal y no hubiera recibido una paliza y todo el mundo me trata como si no hubiera recibido una paliza y así voy tirando, pero nada más que eso”.

Si puedo reproducir estas escenas con cierta veracidad no es porque tenga buena memoria, sino un diario. Dos diarios, en realidad. Al principio eran uno solo. Un diario tradicional, en el que escribo con regularidad, desde 2003, lo que sea que tenga que ver con mi vida cotidiana: qué hice, qué quiero hacer, con quién me vi, adónde fui, qué leí, qué escribí, qué pensé, qué dije, qué me dijeron, qué soñé, qué pasó a la noche mientras dormía o creía que dormía.

En 2018 el diario se desdobló. Uno incluye todo lo primero; el otro, la parte del sonambulismo.

*Leo cuáles son las funciones del sueño (restaurar los depósitos de energía del cerebro; contribuir a la homeostasis corporal, en especial la del sistema nervioso; volver más eficiente al sistema inmunológico; ayudar a codificar y consolidar la memoria; eliminar toxinas; regular la temperatura corporal, la glucemia y el apetito; producir hormonas; equilibrar el humor; bajar el estrés; restablecer células) y me pregunto por qué, durmiendo tan poco y tan mal, no me afecta como imagino que debería.*

MI SONAMBULISMO no es nuevo. Estuvo siempre ahí, desde chiquito, con intermitencias, agazapado por momentos, pero siempre fiel.

En mi familia hay dos anécdotas que me gustan mucho.

En una, mi abuela Ea se despierta asustada, porque siente ruidos y movimientos raros. Cuando abre los ojos ve que su marido, o sea, mi abuelo Ito, está parado arriba de la cama, cubierto con una sábana blanca, ululando como si fuera un fantasma.

En la otra, mis papás escuchan un ruido fuerte, un golpe, estando en el departamento de Florida. Van rápido hasta nuestra habitación y encuentran que Gus, con once años, camina en círculos arriba de mi cuna, pisoteándome, mientras se golpea el pecho a lo Tarzán.

Y hay una tercera, también.

Tengo ocho o nueve años. Vivo con mi familia en el departamento de Manuel Ugarte. Me levanto, voy a la cocina y le pido a papi que se corra, que me deje pasar. Está sentado en uno de los banquitos junto a la mesa, charlando con mami, que está del otro lado, en su lugar. Una sobremesa clásica de ellos dos. Papi no entiende qué necesito, adónde quiero ir. Si se corriera, si se levantara, si hiciera lugar entre la mesa de fórmica y el mueble de algarrobo, yo avanzaría nada más que medio metro, porque

lo que sigue es otro banquito, y la pared. Es un callejón sin salida. Le insisto. Le digo que estoy apurado. No entiende y me hace preguntas. Fastidiado, le digo que no me haga chistes. Siempre hace chistes papi. Siempre todos hacemos chistes, los Hochman, incluso en los momentos en los que simplemente hay que correrse y dejar pasar. Mami sospecha qué es lo que está ocurriendo y, más dulce, me pregunta qué necesito. Entonces sí respondo: me estoy haciendo pis.

Con paciencia, papi me acompaña al baño, espera a que termine y me guía hasta la cama. Me arropa, me da un beso y sale. Seguramente se queda un minuto en el marco de la puerta, mirándome. Pensando no sé qué, porque nunca queda claro en qué piensa papi, con una cara que podría parecer severa, pero yo, que lo conozco, sé que es un gesto frecuente, posiblemente de emoción, porque todas las noches está ahí. Emoción por ver crecer a su hijo, el que actúa con tanta racionalidad y madurez durante el día, pero que a la noche vive en un universo paralelo en el que se le mezcla todo.

De esa escena no me acuerdo. No recuerdo nada de todo lo que pasó esa noche, sino que me lo contaron mis papás al día siguiente, divertidos y un poco preocupados, preguntándose qué habría pasado si no hubieran estado ahí para llevarme al baño. ¿Habría llegado a hacer pis contra la pared? El resto es una reconstrucción que hago hoy.

Me pregunto si esos relatos, de algún modo, fueron la entrada al sonambulismo no como excepción, sino como rasgo. Si no estaré respondiendo, en parte, a una mítica familiar.

Encontré dos artículos que coinciden en que hay un 45% de probabilidades de heredarles el sonambulismo a los hijos, que aumenta a 60% si lo tienen ambos padres. Pienso en si es algo

que irá a afectar a Fabio y a Ulises, en si ellos se lo heredarán a mis nietos, en si será un gen que está latente en mi familia desde hace generaciones, o si seré un caso aislado, más allá de las anécdotas de mi hermano o de mi abuelo.

En 1991 mis papás decidieron que lo mejor era que nos fuéramos de Buenos Aires. Estaban hartos de la lógica de la gran urbe, y mis crisis respiratorias eran una buena excusa para huir. El destino que eligieron fue Bariloche. Viajamos en otoño a un apart del centro, y al año siguiente de nuevo, a una cabaña con vista al lago. Unos días antes de salir, estando en el departamento de Manuel Ugarte, en el living, fui testigo de cómo Marta, mi maestra de primero, les daba un bolso negro. Era para su mamá, que vivía en Bariloche. Adentro había cosas que no puedo precisar qué eran. Imagino que regalos, cartas, ropa, no lo sé. No era un bolso voluminoso, ni tampoco estaba demasiado lleno. Pero tenía, en un bolsillo, un sobre blanco con trescientos dólares. Marta lo abrió, contó los tres billetes adelante de todos, porque cuentas claras, etcétera. Era plata para su mamá, desde luego. Mis papás estaban de acuerdo en llevar todo. Marta agradeció, saludó y se fue, y yo quedé solo en el living, con el bolso.

Lo que siguió fue confuso y ocurrió en un lapso que no puedo precisar.

Fui hacia el bolso. Abrí el bolsillo, saqué el sobre blanco, extraje los dólares y me los quedé mirando fijo, sin saber qué hacer. Luego caminé hacia la biblioteca de madera, mucho más alta que yo, y la observé con atención. Siempre lo hacía, y ya la conocía de memoria, pero ese día adquirió un sentido diferente. Miré los libros de Bruguera con tapas duras de colores, la colección de Lanny Budd, los libros sobre filatelia y numismática, los fascículos encuadernados sobre animales, el Larousse, pero me decidí por la enciclopedia Salvat en doce tomos, que era mi material de consulta permanente, mi Google de los ochenta. Llevé

hacia adelante algunos tomos y puse los billetes ahí atrás. Luego volví a empujar las enciclopedias para que quedaran apretados.

Entonces aparece la primera elipsis, en la que no puedo precisar cuánto tiempo transcurrió. Lo que sí recuerdo, o creo recordar, es un pensamiento agobiante: en cuanto mi mamá o mi papá sacaran una Salvat para averiguar algo, los dólares iban a aparecer. Así que hice el procedimiento inverso: volví a correr las enciclopedias hacia adelante, saqué los billetes, corrí las enciclopedias hacia atrás.

Aterrado por la posibilidad de que alguien me viera en esa actitud tan sospechosa, que en realidad era culpable, abrí la puerta del balcón, fui hacia la izquierda y coloqué los billetes debajo de la maceta blanca, la redonda, la que tenía unas plantas medio muertas, mustias en el mejor de los casos. Era una maceta vieja y percutida, probablemente de unos cincuenta centímetros de diámetro, que debía elevarse unos dos o tres centímetros del suelo gracias a las patitas que la sostenían. Ahí abajo fueron a parar los dólares. Un sitio que primero imaginé más seguro, porque quién iba a ir a revisar ahí.

A esto sigue la segunda elipsis. Sé que entré en pánico, porque, con lucidez, me percaté de que cualquier ráfaga de viento podría hacer que la plata se volara y empezara a dar vueltas por el balcón. Hoy imagino esa escena como la de la bolsa de polietileno en *Belleza americana*. Pero no sé si ese pánico fue inmediato o si transcurrió mientras hacía cualquier actividad cotidiana: tomar la leche, mirar *Los Pitufos*, jugar con los G.I. Joe o los autitos.

Lo concreto es que, en algún momento, un momento equis, me agaché, agarré los dólares, saqué la mano por la reja, abrí los dedos y la plata cayó. Voló. Los tres billetes de cien dólares cayeron desde el tercer piso bamboleándose, hacia un lado y hacia otro, hasta desaparecer en la obra en construcción que había justo abajo.

Vuelvo a la escena y tengo lagunas que no puedo completar. Por ejemplo, ¿qué hice con los billetes mientras desplazaba las

enciclopedias? ¿Los apoyé en alguna parte? ¿Los guardé en un bolsillo del pantalón? ¿Los mantuve en la mano, a riesgo de arrugarlos?

Lo que me interesa de esta secuencia no es por qué lo hice. El móvil está claro: no me tentaba en absoluto irme a vivir a Bariloche. No quería que nos fuéramos a los kilómetros, o a Pioneros, cambiarme a una escuela donde no conocía a nadie, ir a pescar, ayudar a mis papás a poner en pie una hostería que no existía, estar en un lugar que no tuviera gas natural. Tirar los dólares era rebelarme con los recursos que tenía disponibles en ese momento, y que probablemente incidieron en que no nos fuéramos a vivir allá. Nos fuimos a Mar del Plata, finalmente, y mi enojo fue igual o más grande, y a veces creo que persiste hasta hoy.

Lo que me interesa de esa secuencia es más bien la forma. Es decir, la manera en la que se dio todo, con una lógica irreal, onírica, tan inusual en mí. La lógica del sonambulismo. No digo que estuviera sonámbulo. No lo estaba, desde luego. Era de día, no estaba durmiendo, dudo de que siquiera tuviera sueño. Pero podría haber estado dormido y hecho todo eso, y supongo que la narración no hubiera diferido mucho de lo que vengo contando hasta acá. Porque el procedimiento, en definitiva, es el mismo: me encontré haciendo algo irracional que no se correspondía en nada con mi cotidianidad, que atentaba contra todos mis hábitos de control.

El tema del control es ineludible en mi vida. La de sonámbulo, y la otra también.

Carlos Crippa es el único amigo que le conocí a mi papá. Eran amigos desde antes de que yo naciera. Carlos se casó con Marisol, mi papá con mi mamá, tuvieron dos hijos cada uno, nos hicimos amigos entre hijos, nos vimos con mucha frecuencia hasta la mudanza a Mar del Plata. Carlos me vio crecer, me conocía bien.

Y me puso un apodo, con el que me saludaba cada vez que nos veíamos: Juan Reglamento. Era un apodo muy pertinente, porque ya desde chico tuve esa fascinación por respetar las normas. Y por discutir las y refutarlas cuando estaban mal, para proponer otras que estuvieran mejor, pero siempre leyéndolas, siempre oponiéndome dentro del sistema; no con anarquía, no con desorganización, no con descontrol.

¿Qué hacía entonces Juan Reglamento, a los nueve años, revoleando plata por el balcón? ¿Cuán estresado y neurótico tenía que estar ese nene tan correcto como para hacer algo que estuviera así de mal? Mal porque, claro, es evidente que la plata no se tira, que la plata no era suya, que sus papás, a los que no les sobraba mucho, iban a tener que hacerse cargo del faltante. Pero mal, sobre todo mal, porque esos métodos no eran propios de ningún sistema. No había ahí ninguna organización, ningún análisis o predeterminación. Puro caos. Puro impulso. Pura necesidad.

Me pregunto si mi sonambulismo viene a operar en ese sentido: como una necesidad orgánica de romper con mis propios reglamentos y liberarme no sé bien de qué; con un costo alto, inestimable, que imagino que jamás podría llegar a pagar.

Le cuento a mi tía Paula que estoy escribiendo esto. Le pregunto qué dice Lacan sobre el sonambulismo y me contesta que para él es un síntoma del obcecado que no está dispuesto a bajar las armas para que las historias ocultas aparezcan. No entiendo bien qué significa, pero me interpela.

Tengo quince o dieciséis. Es de noche y estoy con Julio en el 1114 de su papá. Es un colectivo convertido en motorhome que no va a ninguna parte, que desde hace años quedó estacionado para no viajar nunca más y que no se utiliza para nada. Un depósito. Una baulera afuera de la casa. Lo usamos nosotros, en realidad, a

veces, para quedarnos a dormir. Llevamos unos licores Cusenier, un vodka malo o un Bolskaya de ananá, compramos una pizza de dos pesos y nos refugiamos ahí, encontrando una intimidad que no es habitual en otras partes. Nos importa muy poco que el 1114 no tenga camas, sino unas colchonetas duras y finitas. Que no haya frazadas ni calefacción, y que por eso estas noches de invierno sean particularmente duras, sin abrigo, sin un fueguito, con aire helado filtrándose por alguna parte, con la sensación de que a la madrugada vamos a volver a estar al borde de la hipotermia.

Esta vez, como muchas otras, Julio saca el tablero ouija que hicimos a mano, con lápiz, en una hoja A3, y jugamos. Ponemos encima un vasito de vidrio de esos que se usan en los bares para servir soda, nos concentramos, respiramos profundo, en silencio. Está todo oscuro, excepto las zonas que ilumina la vela, intermitente. Es lúgubre. Una escena que podría estar en cualquier película de terror de clase B. Nos tomamos el juego muy en serio, siempre, con el índice derecho encima del vasito, dado vuelta en el centro del tablero. Julio hace una introducción metafísica que no recuerdo, pero que más o menos es siempre la misma, y luego pregunta, como un mantra, si hay algún espíritu aquí presente. En general, el espíritu tarda en manifestarse. Algunas noches directamente no se presenta y es frustrante, pero en general sí. A veces parece endemoniado y se mueve a mucha velocidad entre las palabras, o deletreando, y nos cuesta seguirlo, y nos asusta. Hoy no. Tarda, pero empieza a desplazarse con lentitud, con pereza. Le hacemos algunas preguntas que no responde, o que contesta quedándose quieto, estático, hasta que Julio le dice cómo te llamas, y entonces sí, el vaso se mueve con un poco más de ritmo y va primero hacia la letra E, y luego hacia la A, y luego hacia el centro, y se queda quieto. Ea. Lo miro a Julio, que pone cara de no entender, de haberse decepcionado ante un nombre tan poco llamativo. Yo, en cambio, estoy temblando.

No retengo lo que dice el espíritu de Ea, pero la escena me impacta mucho porque, claro, no es muy habitual conversar, tablero mediante, con una abuela muerta hace cuatro o cinco años. No recuerdo si se dirige a mí, si me acusa de algo, si habla de su vida en el más allá o de cosas triviales. Da igual. Lo importante es que no creo en nada de todo eso, que ya desde esta edad soy un militante del ateísmo, de no comulgar con ningún tipo de pensamiento mágico, y sin embargo estoy acá, jugando a la ouija, prestándole el dedo a un vasito que se mueve y le da entidad a un muerto.

Hablo de esta escena porque, al igual que con los dólares, es un *como si*. Estaba despierto, no soñando, no sonámbulo, pero la sensación era esa. Porque, aunque la copa se moviera, en el fondo era consciente de que quien la movía era yo. O Julio. Depende del día, supongo. Ignoro si a él le pasaba lo mismo. Si, en su afán de querer creer y ganarle a tanta racionalidad temprana, también se mentía diciéndose que solamente prestaba el dedo para que un espíritu se manifestara.

No hay misterio alguno, en realidad. Simplemente quería que mi vida fuera un poco más interesante, un poco menos nerd, un poquito excepcional, y entonces jugaba y me convencía de que todo eso ocurría sin que yo tuviera nada que ver, siendo un espectador privilegiado, asombrado. ¿Como con el sonambulismo? No lo sé.

*Leo un artículo que dice que el 5% de los sonámbulos sufre accidentes domésticos. Solamente el 5%. Investigo un poco más. Leo otro estudio, que dice que es el 9%. Leo más. Para otros, ese número sube a 13%, 23%, 37%.*

El sueño restaura los depósitos de energía del cerebro, vuelve más eficiente el sistema inmunológico, ayuda a codificar y consolidar la memoria, produce hormonas, baja el estrés. Los sonámbulos, sin embargo, se ven privados de minutos, a veces horas, de estas ventajas; cuentan con una tasa alta de accidentes domésticos, e incluso se registran casos de asesinatos. Los estudios científicos no se ponen de acuerdo en las características básicas de esta población y el narrador de *La parte del sonambulismo* se pregunta “¿cómo sacar estadísticas de algo tan íntimo, tan tangible, tan difícil de asentar y delimitar?”. Más aún, ¿cómo poner en palabras el sonambulismo?

Con una maestría y una sensibilidad notables, Nicolás Hochman se anima a bucear las profundidades del vasto y oscuro océano que se abre ante este interrogante. Su narrador escinde la vida en dos partes: la que se vive de día, con plena consciencia, y la otra, la del sonámbulo nocturno. Como caras de una misma moneda, las experiencias de ambas partes se entrelazan en las páginas y conforman un todo indisoluble que enriquece al narrador, lo constituye y nos sitúa a nosotros, sus lectores, frente a la asombrosa incomodidad de percibir la vulnerabilidad de lo humano.

“Si hay algo que no tiene mi sonambulismo es verosimilitud.  
La ficción necesita ser verosímil; la realidad, no.”

